

El Estado en disputa

**Frente a la contraofensiva neoliberal
en América Latina**

*Julio Peña y Lillo E.
Jorge Polo Blanco
(Editores)*

EDICIONES
CIESPAL

2018

P419

Peña y Lillo E., Julio

Polo Blanco, Jorge

El Estado en disputa. Frente a la contraofensiva neoliberal en América Latina /

Peña y Lillo E., Julio y Polo Blanco, Jorge (eds.). Quito: Ediciones CIESPAL, 2018

1. CIENCIAS SOCIALES 2. POLÍTICA 3. NEOLIBERALISMO 4. ESTADO 5. AMÉRICA LATINA

I. Título II. Autor

1era edición, Quito: Ediciones CIESPAL, 2018

Colección: Ciencias Sociales y Políticas, N° 2.

Tiraje: 300 ejemplares

N° de páginas: 198

Tamaño: 15, 5cm x 21cm

ISBN: 978-9978-55-174-5

Derechos de autor: 52796

Impreso en Ecuador / Printed in Ecuador

© 2018, primera edición, CIESPAL

© 2018, Julio Peña y Lilio, Jorge Polo Blanco

Ediciones CIESPAL

**Centro Internacional de Estudios Superiores
de Comunicación para América Latina**

Av. Diego de Almagro N32-133 y Andrade Marín • Quito, Ecuador

Teléfonos: (593 2) 254 8011

www.ciespal.org

<http://ediciones.ciespal.org/>

Equipo editorial

Coordinación editorial

Francesco Maniglio / Gabriel Giannone

Asistente de edición

José Morán

Revisión de texto

Noemí Mitter / Ana María Cuesta

Maquetación

Oscar Padilla



Ilustración de cubierta:

Santiago Mejía Rivadeneira



Los textos publicados son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Atribución-SinDerivadas
CC BY-ND

Atribución-SinDerivadas 3.0 Ecuador
CC BY-ND 3.0 EC

Attribution-NoDerivatives 4.0 International
CC BY-ND 4.0

Esta licencia permite la redistribución, comercial o no comercial, siempre y cuando la obra no se modifique y se transmita en su totalidad, reconociendo su autoría y sus ediciones anteriores.

Índice

9 Prólogo

Las configuraciones del postneoliberalismo y sus peligros
en el nuevo siglo

Luis Arizmendi

21 Presentación

El Estado en disputa frente a la contraofensiva neoliberal

Julio Peña y Lillo E.

31 No es una máquina sin fisuras, es un campo de batalla.

El paradójico rol del Estado en la era del autoritarismo
de mercado

Jorge Polo Blanco

65 El Estado ritual: imaginarios, mitos y defensa de lo político común

Eleder Piñeiro Aguiar

89 Sobre resistencia estética o qué es pensar de manera política

Cristina Morales Saro

115 Cuerpos políticos para teorías instituyentes: hacia un feminismo de Estado en los márgenes fuera de lo instituido

Alejandra Bueno de Santiago

139 La política desde abajo. El Devenir-Estado como expresión de la estructuración del *demos*

Miguel Alfonso Bouhaben

163 Las amenazas de la tendencia neoautoritaria en el siglo XXI

Luis Arizmendi

Las amenazas de la tendencia neautoritaria en el siglo XXI

Luis Arizmendi

Trump: la tendencia neautoritaria y la crisis epocal del capitalismo

1

La vuelta de siglo ha comenzado haciendo estallar la crisis epocal del capitalismo. Una crisis de alcances mucho mayores que la Larga Depresión del siglo XIX y la Gran Depresión del siglo XX. La crisis de sobrefinanciamiento, que empezó en el segundo quinquenio del nuevo siglo, puso al descubierto el inicio de una crisis de sobreproducción de impactos globales. Sin embargo, esta crisis es irreductible a una crisis cíclica de sobreacumulación. Constituye una crisis epocal porque desde la convergencia de diversas crisis, pero ante todo desde la crisis ambiental mundializada, conforma en sí misma una era. Sus orígenes pueden rastrearse varias décadas atrás y tienden a prolongarse todo el resto del siglo. La crisis mundial alimentaria comenzó en 2007-2008. La

pobreza, que no era mundial, se tornó pobreza global a partir de 1990. Una década después de que el Banco Mundial empezara a medirla para diseñar programas de combate, la ONU la reconoció como el “desafío de los *slums*”. La crisis ambiental mundializada comienza más atrás. Con el informe del Club de Roma puede periodizarse su comienzo en 1972 (Arizmendi, 2009, p. 31-42). El “cambio climático” está regido por un *trend* que apunta a desestabilizar amenazadoramente el proceso de reproducción de la sociedad global durante todo el siglo XXI, e incluso más allá.

El proyecto de capitalismo de Donald Trump debe ser evaluado ante la crisis epocal y sus tendencias. En ese marco, consigue identificarse mejor su significado histórico para los Estados Unidos y el mundo.

En la vuelta de siglo, dos tendencias formalmente contrarias han jaloneado por definir el sentido del complejo tiempo de transición en que se encuentra inserto el capitalismo mundial.

Una tendencia ha propugnado la conformación de lo que puede reconocerse como un genuino liberalismo del siglo XXI. Ha adquirido diferentes formas de expresión al convocar a enfrentar el hambre mundial, la pobreza global, la crisis ambiental, la transición energética y los derechos humanos, con base en intervenciones del sistema de Estados que retroceden ante la devastación social y natural generada en las últimas décadas. Asume que se ha llegado muy lejos en la ofensiva lanzada y que la acumulación capitalista enfrentará desestabilizaciones inmanejables si se sigue esa marcha. Sin embargo, frente y contra el liberalismo del siglo XXI, una tendencia neoautoritaria le ha cerrado paso. Se niega a retroceder y apunta a reconfigurar el capitalismo global al imponer trayectorias que, con tal de maximizar la tasa de acumulación, no se detienen en agudizar la devastación de los fundamentos de la vida social-natural y de la civilización.

El proyecto de capitalismo de Donald Trump de ningún modo corresponde al liberalismo del siglo XXI. Conformar un obstáculo rígido caracterizarlo como neokeynesiano y puramente como proteccionista. Su propuesta de elevar el estándar de vida de la clase trabajadora

americana se inserta en la violación de los derechos humanos y la confrontación de los distintos destacamentos étnicos de la clase trabajadora internacional. De su propuesta de un acuerdo de paz entre EE.UU. y Rusia deriva, sin duda, la promoción de una nueva geopolítica mundial para el siglo XXI. Si bien, de modo directo, neutraliza los riesgos de una guerra nuclear entre potencias, sin embargo, perfila a que el siglo XXI sea un siglo de apuntalamiento del poder militar nuclear. Su arribo a la Casa Blanca puede hacer que el periodo 2017-2020 detone un grave impacto en los siguientes diez mil años del “planeta azul” (Chomsky, 2016). El aferramiento neautoritario al patrón energético basado en petróleo y gas, agudiza el *trend* del sobrecalentamiento planetario hacia el colapso climático, con todo lo que significa en términos de propulsión hacia guerras por la disputa de los yacimientos de energía fósil (Klare, 2003, p. 47-75), de devastación de los países pobres mayormente vulnerables, de ecomigraciones y confrontación entre distintos conglomerados sociales por los recursos naturales y el agua, en el marco de la agudización de la crisis ambiental mundializada.

“Make America Great Again” es un eslogan que representa un proyecto, confuso pero intransigente, de reconfiguración del capitalismo estadounidense y de su poder geopolítico para la disputa por la hegemonía mundial. Apunta a impactar no sólo en la relación del capitalismo estadounidense con la clase trabajadora americana, sino a integrarla agresivamente en la tendencia neautoritaria por mantener a EE.UU. en la cumbre del poder planetario. Incuba violencia política destructiva creciente como postura histórica ante la crisis de nuestra era. El proyecto de capitalismo de Donald Trump personifica la tendencia neautoritaria del capitalismo del siglo XXI.

2

Al concluir el siglo anterior, Carl Amery (2002) publicó un libro con un título de incuestionable vigencia: *¿Auschwitz comienza el siglo XXI?*

Hitler como precursor. Una obra que convoca a ser recibida como una advertencia: los mayores peligros ante la crisis epocal del capitalismo no conducirán hacia la reedición puntual del proyecto de la Alemania hitleriana, sino a su relanzamiento a partir de su metamorfosis histórica. El neonazismo no contiene necesariamente antisemitismo, pero no por eso deja de ser neonazismo. En el marco de diversas trayectorias que pueden seguirse, el nazismo está emergiendo nuevamente, pero como tendencia hacia el neonazismo.

Cuando, ante los impactos de la crisis del 29, Karl Korsch (1982, p. 352-363) teorizó la “contrarrevolución fascista”, unidimensionalizó la integración de la clase trabajadora al nazismo alemán. Denunció la negación de las necesidades emancipatorias de los dominados modernos, con el nazismo presentándose al revés, es decir, como presunta versión del socialismo basada en la expansión del Estado nacional. Lo que no visibilizó fue que el nacional-socialismo no fue sólo un engaño ideológico, que su fundamento material lo conformó el entrecruzamiento, trágico pero profundo, de necesidades del capitalismo alemán con necesidades inmediatas de la clase trabajadora germana. La desconexión de las necesidades inmediatas respecto de las necesidades históricas de la clase trabajadora alemana, constituyó una desconexión esencial *sine qua non* para la existencia misma de la Alemania hitleriana.

Para el capitalismo alemán, la “guerra relámpago” (*Blitzkrieg*) contra los países de Europa era el medio para la integración de su “espacio vital”. La construcción del *Grossraumwirtschaft* (Ferdinand, 1942), esto es, del área económica amplia, apuntaba a volver realidad por primera vez el proyecto de una paneuropa, pero en tanto subordinada a la disputa del Estado hitleriano por la hegemonía mundial. Hitler buscaba impedir el posicionamiento definitivo de EE.UU. como hegemón. El proyecto de unificación violenta de Europa debía llevar invariablemente a invadir la URSS, buscando dotar a la Alemania nazi de un espacio geoeconómico suficiente para contender por el poder planetario. Logró la incorporación de la clase trabajadora germana porque

al imponer la subordinación nazi a otros Estados, se avanzaba para contrarrestar, no sólo la crisis del capitalismo alemán, sino el impacto de la crisis en esa misma clase trabajadora. Incluso, los integrantes de la alta jerarquía del partido nazi pudieron escalar y reposicionarse temporalmente como miembros de la burguesía a partir de apropiarse de las fábricas expropiadas en los Estados invadidos. La complicidad inexcusable, pero efectiva, de la clase trabajadora germana con el proyecto del *Grossraumwirtschaft* hitleriano, conformó su estrategia de sobrevivencia ante la crisis del 29. En el marco de la disputa por los recursos económicos, la clase trabajadora alemana asumió la violencia político destructiva en su confrontación con los distintos destacamentos nacionales de la clase trabajadora europea. El nazismo siempre hace de la *bellum omnium contra omnes* un medio esencial de desarrollo de su poder político.

Sin duda, la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI está trayendo de regreso un escenario similar en EE.UU. y Europa, a través de discursos políticos islamofóbicos, latinofóbicos, xenofóbicos, racistas, misóginos o abiertamente neonazis. Esa tendencia ya tiene forma de expresión en el Partido de la Libertad en Austria, el Partido por la Libertad en Holanda, el UKIP en Gran Bretaña, el Fidesz en Hungría, Ley y Justicia en Polonia, el Partido Popular Danés, el Partido del Progreso en Noruega, y Alternativa para Alemania, a los que hay que agregar la *alt-right* americana –que recibió el desenlace de las elecciones con un “Heil Trump”–. Tienen en común un electorado racista blanco, de bajo nivel educativo, que pretende poner fin a la tolerancia religiosa, la integración pluriétnica, los derechos de las mujeres y terminar con las instituciones presentes para retornar, por la fuerza, a otras de un pasado imaginariamente glorioso. No es mera retórica que Le Pen vea en la victoria de Trump el “principio de un nuevo mundo”.

El “efecto Trump” no es pura creación de los *Mass Media*, aunque ciertamente le brindaron una enorme proyección como presunto *outsider* impugnador del *establishment*. Representa la absorción del descontento y el rechazo social a los impactos de la crisis contempo-

ránea, pero para recanalizarlo hacia una reconfiguración cada vez más amenazante del ejercicio del poder político y del poder planetario.

En este sentido, lo decisivo no reside en si Donald Trump representa *hic et nunc* el doble político exacto del proyecto de Estado de Hitler o Mussolini. El peligro emerge de que personifica la tendencia neoutoritaria más radical como falsa salida ante la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI. El “huevo de la serpiente” al que aludiera Ingmar Berman está de regreso.

3

No ha sido casual que una de las fuerzas centrales del discurso político de Trump haya consistido en la promulgación cínica del adiós a la promesa del progreso para todos con la modernidad capitalista. No obstante, su proyecto no lleva la formulación de que en la modernidad americana la opulencia y el confort han ingresado en un colapso irreversible, más bien plantea que para que puedan garantizarse para unos cuantos, tendrá que admitirse el dolor y la exclusión –tendencialmente incluso la eliminación– de muchos más.

El arribo de Trump a la Casa Blanca personifica un proyecto de capitalismo que tiene como uno de sus principales puntales la agresiva confrontación interétnica, pero también intraétnica de los trabajadores modernos. Sin embargo, su sentido histórico reside no sólo en promover el cercenamiento de diversos conjuntos de la pluspoblación internacional, también apunta a llevar más lejos la sobre-explotación global de la fuerza de trabajo.

México está colocado en primera fila en el proyecto de Trump por un capitalismo crecientemente ofensivo con la clase trabajadora internacional. La amenaza de la deportación de dos millones de indocumentados mexicanos, tratados xenofóbicamente como si fueran criminales, encubre que, en los hechos, se está apuntando a imponer una sobre-explotación aún más agresiva, propiamente brutal, sobre los otros 9.5

millones de chicanos en EE.UU. Sobre-explotación significa que se viola las leyes de la modernidad capitalista porque se roba salario a los trabajadores. La sobre-explotación se ejerce de forma permanente o estructural sobre los migrantes indocumentados en EE.UU., pero con Trump podría ser drásticamente aumentada. A la sustracción de valor al salario de los indocumentados mexicanos por los capitales privados, podría sumarse la sustracción de valor desde el Estado. Las leyes internacionales serán violadas si se impone el robo de las remesas para financiar la construcción del Muro del Río Bravo, que anuncia horrores peores que los del Muro de Berlín. El siglo XXI no aprende de la oscuridad del siglo XX. Será el símbolo *par excellence* de la tendencia a la conformación de un Estado de excepción, del proyecto de estatuir como ley la violación de las leyes.

De llevarse a cabo, la incautación del envío de remesas significará un fuerte golpe para la clase trabajadora mexicana, que cuenta con el salario mínimo más bajo en siete décadas. De acuerdo a BBVA Research, México se ubica en el quinto lugar de países que más remesas reciben en el mundo. Después de India, China, Filipinas y Francia.

La aglomeración de población internacional sobrante en la frontera propulsará la intensificación de la pobreza y, por tanto, el reclutamiento de fuerza de trabajo para la economía criminal. Crecerá la economía ilegal, la trata de blancas y la esclavización de mujeres –que ya constituye el segundo canal de acumulación de renta criminal en México–. Más de 200 años después de su promulgación por Miguel Hidalgo, la prohibición de la esclavitud en México es letra muerta. La trata de blancas constituye la nueva forma de esclavitud moderna en el siglo XXI.

4

A partir del surgimiento del Estado neoliberal, a principios de los 80, México ha desplegado tres formas de acumulación por desposesión, que se sobreponen y no son simplemente sucesivas.

De 1982 a 1988, estrenó una forma de acumulación por desposesión que en Argentina, en el sexenio previo, requirió la presencia de una dictadura militar. En México, sin dictadura, una enorme sustracción de valor al salario nacional se impuso como fuente de financiamiento de una enorme deuda externa. Desde ahí, la acumulación por desposesión por servicio de la deuda llegó para quedarse. Medida como proporción del PIB, excluyendo reservas internacionales y tenencias en oro, México se ubica como la octava economía más endeudada del orbe.

De 1988 a 2006, como resultado de ser el único país en aplicar al pie de la letra el Consenso de Washington durante décadas, México transitó a una nueva forma de subordinación centro/periferia: la subordinación global. Todos los núcleos estratégicos de los diversos sectores de la economía nacional –innovación tecnológica, petróleo, gas, alimentación, banca, etc.– pasaron a ser internamente subordinados por el capital transnacional. Estas dos formas de acumulación por desposesión masificaron la pobreza hasta impactar al 80% de la población (Arizmendi & Boltvinik, 2007, p. 49-50).

Desde 2006, específicamente, el país transitó hacia una tercera forma de acumulación por desposesión: emergió el capitalismo necropolítico (Arizmendi, 2014). Una configuración del capitalismo que, con base en la economía criminal, hace de la política de muerte fundamento de nuevos y acelerados modos de acumulación por desposesión imponiendo violencia decadente y abusos sórdidos. Con el capitalismo necropolítico la renta criminal ha diversificado sus fuentes de modo insospechado: producción y mercado negro de drogas, trata de blancas, tributo criminal por circulación de mercancías y personas, tributo ilegal por operación de comercios y restaurantes, incluso por ocupación de casa habitación. Producto de la impunidad sobre el caso de Ayotzinapa, se abrió más el abanico de la renta criminal, pasando a incluir esclavización de niños, mercado negro de órganos, matrimonio servil y experimentación biomédica ilegal. El capitalismo necropolítico edificó la acumulación por desposesión basada en violencia deca-

dente. Ha hecho de México el país del continente americano con mayor número de personas en esclavitud.

El proyecto de Estado de Trump conducirá a una creciente violación de derechos humanos en los dos lados de la frontera del Río Bravo. Como el flujo de migrantes indocumentados proviene desde Centroamérica, profundizará el impacto de la violencia decadente a lo largo de todo el territorio –que ya ha hecho de México un país de fosas comunes clandestinas–. Aunque por su acelerada integración al lavado internacional de dinero, México nunca ha recibido los duros cuestionamientos que la ONU le dirigió a Colombia, es el país con más denuncias ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. El proyecto de capitalismo neautoritario latinofóbico de Trump, sin duda, propiciará el recrudescimiento del capitalismo necropolítico en México.

5

El TLC volvió a México un prototipo de dependencia energética, dependencia alimentaria y dependencia financiera. Aproximadamente el 75% de las exportaciones mexicanas se realizan hacia EE.UU. La reproducción global del capitalismo mexicano opera sobremanera entrecruzada con el capitalismo estadounidense.

La desindustrialización estratégica, como fundamento de un tributo permanente hacia EE.UU., impactó, ante todo, a PEMEX. México es el único país con yacimientos petroleros que tan sólo cuenta con seis refinerías. No invierte en petroquímicas, por eso, se encuentra inserto en el círculo vicioso de una dependencia artificial: exporta petróleo barato a EE.UU. para importarle gasolina cara. Entre los países petroleros, Venezuela cuenta con 24 refinerías, Japón con 31, Rusia con 41, China con 51 y EE.UU. con más de 130. La subordinación global de México a EE.UU. no ha traído únicamente desindustrialización estratégica en el sector energético. Mientras en Irak hizo falta una guerra para entregar

los yacimientos energéticos al capital transnacional, en México se hizo aplicando “reformas estructurales” neoliberales. La renta petrolera está reorganizada para operar no como renta nacional, sino cada vez más como tributo transnacional a favor de EE.UU.

Desde el TLC, la gran industria mexicana fue despedazada para ser sustituida por una gran maquiladora internacional. Después del petróleo crudo, las principales exportaciones de México son automóviles, piezas de repuesto, camiones de reparto, televisores de pantalla plana, smartphones, computadoras, aparatos de radiofrecuencia, café y plata. Es inexistente un proyecto de desarrollo tecnológico y energético que asuma el relanzamiento de la soberanía nacional. La subordinación global ha generado desindustrialización y desfinanciamiento estratégicos en ramas clave de la economía mexicana.

El desfinanciamiento estratégico del campo golpeó drásticamente la autoproducción nacional de alimentos. El alza de los precios internacionales de los alimentos ha puesto al descubierto la grave vulnerabilidad mexicana. México ha transitado de ser un país ejemplar en el ejercicio de la soberanía alimentaria en el siglo xx, a ser un prototipo de dependencia alimentaria en el siglo xxi. Según datos del *U.S. Department of Agriculture (USDA)*, de principios de los 80 a nuestros días, México pasó de una tasa de 10% a una de 46% en la importación de los alimentos. Para el año 2025, México podría depender de la importación de maíz estadounidense en prácticamente un 50%.

A todo esto se suma que, pese a el rescate bancario, prácticamente el 95% de la banca es extranjera en México. Lejos de operar como banca de desarrollo, funciona como banca de acumulación por desposesión. Centrada en la sustracción de valor al salario nacional, a partir de crédito al consumo y préstamos por nómina, transfiere ganancias mayores para los bancos extranjeros que las que ellos obtienen en sus países de origen.

La subordinación energética, alimentaria y financiera como principales expresiones de la subordinación global de México a EE.UU., revelan la enorme ventaja que EE.UU. ha obtenido con el TLC. El ultimátum renegociación o abandono del TLC, sin dejar de ser retórica, es

un arma internacional. El capital estadounidense ya domina prácticamente todos los núcleos estratégicos de la economía mexicana, pero es insaciable, quiere más. El proyecto de capitalismo neoautoritario va a llevar a Trump a no abandonar la subordinación global, sino a buscar imponer una asimetría comercial aún más ofensiva. Buscará que México se mantenga irrestrictamente abierto a las mercancías y al capital de EE.UU., pero que EE.UU. cierre autoritariamente el acceso a las mercancías mexicanas, según convenga económica o políticamente incumplir lo ya firmado en el TLC.

La renegociación del TLC podría producir recesión en la economía mexicana. El crecimiento del desempleo, el cierre de empresas, el aumento de la pobreza y el golpe a las remesas van a agudizar los impactos de las tres configuraciones de la acumulación por desposesión.

México está convocado a asumir la compleja transición de reinventarse. A diversificar su juego de intercambios con el mercado mundial y sus potencias. A trascender la subordinación global asumiendo estratégicamente el desarrollo de la soberanía nacional para contrarrestar todas las formas de acumulación por desposesión.

En ese marco, México podría luchar por la soberanía sobre sus recursos naturales y levantar un Muro de agua en el Río Bravo. A fines de 2017, vence el tratado pactado con EE.UU. para “compartir” agua del Río Colorado y del Río Bravo. Arizona y Nevada dependen vitalmente de ese tratado ampliamente asimétrico. Ahí se producen 15% de los alimentos de EE.UU.

Lo que el proyecto neoautoritario de Trump no visibiliza es que EE.UU. ejerce la subordinación global sobre México, pero México tiene posibilidades efectivas para poner en práctica diversas políticas defensivas. Esto requeriría un gobierno contrahegemónico fuerte. Ser un México soberano ante la crisis epocal del capitalismo y su tendencia neoautoritaria es el gran reto histórico del México del siglo XXI.

6

La postura latinofóbica de los votantes blancos de la América rural o de los trabajadores afectados por la migración de empresas que se deslocalizan, no constituye la única base social de apoyo a Trump desde la clase trabajadora. Aunque obtuvo una amplia preponderancia en los Estados donde la población blanca es superior a la media nacional, atrajo la preferencia de 1 de cada 5 de los votantes más pobres –es decir, con salarios inferiores a los 30 mil USD anuales–. Más aún, atrajo 3 de cada 10 votos, tanto entre latinos, como entre asiáticos. Un giro sumamente relevante en las preferencias electorales que arrebató votos cruciales al Partido Demócrata.

La complejidad de la atracción de la clase trabajadora americana hacia Trump de ningún modo se descifra suficientemente aludiendo a un retorno reaccionario, pero sí al racismo clásico de la modernidad americana. El voto que otorga la victoria a Trump no expresa solamente el regreso al racismo basado en el fanatismo ético de la blancura de la raza; aunque deriva de él, en tanto los blancos europeos se encargaron de la mundialización capitalista y sus conquistas, la victoria de Trump proyecta la presencia de un “racismo” de otro orden, ejercido por poblaciones no blancas, como un fenómeno xenofóbico muy peculiar: la “blanquitud”.

“Blanquitud” es el concepto que inventó Bolívar Echeverría (2010, p. 57-85) para designar aquellas formas de *bellum omnium contra omnes* al interior de los dominados modernos que, reproduciendo la virulencia del racismo clásico, no responde al color de la piel ni a la identidad nacional o religiosa. Es un término que da cuenta de una reconfiguración violenta de la lucha moderna de clases que absorbe las luchas por la liberación social, abriendo nuevos espacios de acción a sujetos anteriormente excluidos, pero no para dar un paso adelante en las luchas emancipatorias, sino para asimilarlos como sujetos integrados a la legalidad del poder capitalista. Absorber y vencer las luchas por la liberación social es su sentido. La blanquitud en diversos

conjuntos étnicos es la expresión por excelencia de la crisis del *American dream* y su asunción violenta de que el confort y el progreso ya no son universalizables.

La tendencia neoautoritaria que personifica Trump es peligrosa porque estimula confrontaciones inter-étnicas pero también intra-étnicas en acuerdo a la disputa por los recursos artificialmente escasos. Los latinos y asiáticos que cuentan con derechos de ciudadanía votaron por el ejercicio de la latinofobia contra sus propios connacionales indocumentados o por la islamofobia apoyando la presunta “guerra contra el terrorismo” en Medio Oriente. El proyecto de capitalismo neoautoritario de Trump da forma a un complejo caleidoscopio político que combina y sobrepone la xenofobia clásica de los blancos racistas americanos con la blanquitud de los latinos y asiáticos americanizados.

7

Trump representa el intento de lanzamiento de una nueva geopolítica mundial para el siglo XXI.

Su apuesta reside en una estrategia inédita de disputa por la hegemonía mundial resquebrajando, o incluso quebrando, la alianza ente Rusia y China. En la medida en que el mayor contendiente a hegemonía global es China, una alianza EE.UU.-Rusia podría imprimirle un giro radical al “gran tablero de ajedrez” geoestratégico global. Pero existen profundos intereses económicos y resistencias políticas que se oponen desde dentro del *establishment* americano a una alianza ruso-americana. Trump significa la colisión de dos contrastantes proyectos geopolíticos para EE.UU. en el nuevo siglo.

Lo único positivo, pero crucial, del boceto geoestratégico de Trump, reside en que su proyecto de un pacto político inédito de paz con Rusia revierte la amenaza del inminente estallido de una guerra nuclear entre potencias. El insensato cerco logístico de las fuerzas militares de EE.UU. sobre las fronteras de Rusia y el despliegue del escudo de antimisiles de la OTAN, la construcción de enormes búnkeres anti-nucleares

en Moscú para escudar a millones de personas, la promulgación de una ley rusa para suspender el pacto de reconversión de plutonio militar en combustible, los recientes desarrollos de nuevas armas nucleares rusas y coreanas, además de los preparativos para una guerra con China, son factores estratégicos que sustentan expresiones como la del Papa cuando afirmó que “vivimos una Tercera Guerra Mundial por fragmentos”.

La devastación no constituye una contingencia sino una necesidad intrínseca a la acumulación capitalista global. La devastación se torna una necesidad mayor para el capitalismo en tiempos de crisis. Sin embargo, puede adquirir configuraciones históricas sumamente diferentes y contrapuestas.

Aunque Diana Johnston (2015) tiene razón cuando señala, en *The Queen of Chaos*, que el proyecto geopolítico de Clinton conducía directamente a la guerra nuclear entre EE.UU. y Rusia, la tendencia neoautoritaria de Trump no puede ser eximida de riesgos de una conflagración atómica internacional.

Ciertamente, existe una profunda relación entre el calentamiento global y el calentamiento global nuclear, pero no como la fórmula Trump.

El abandono del acuerdo de la Cumbre de París tendría un doble impacto en el *trend* de la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI: por un lado, radicalizaría desmesuradamente la persecución esquizoide del capitalismo estadounidense por maximizar su tasa de acumulación, buscando vencer a China en la disputa por la hegemonía imperial, sin detenerse ante la amenazadora devastación que acarrea el sobrecalentamiento planetario, incluso sobre la continuidad histórica del capitalismo mundial. Por otro lado, el proyecto fosilista de Trump desde la Casa Blanca puede levantar un impacto de larga duración para el siglo XXI, anulando toda posibilidad de impedir que el “caos climático” se desboque. En el fondo, la tendencia neoautoritaria y su aferramiento temerario al patrón petrolero constituye una falsa salida a la crisis epocal del capitalismo.

El peligro más radical de la crisis epocal emerge del entrecruzamiento del *trend* de la crisis ambiental y la crisis alimentaria. El sobre calentamiento planetario ha puesto en marcha la amenaza de la transición de una escasez espuria, o artificial, en la actual crisis alimentaria global hacia una escasez absoluta, que puede generarse por creciente devastación de los cultivos en el siglo XXI. Hacia el siglo XXII, el *trend* secular del caos climático podría llevar a una devastación de alcances equivalentes a una guerra nuclear globalizada. Esos desenlaces no se definirán en el largo plazo. El corto período 2017-2020 podría pasar a la historia como el cuatrienio que tornó irreversible la tendencia secular del sobrecalentamiento planetario.

A la par, el aferramiento de la tendencia neautoritaria al capitalismo fosilista podría llegar a abrir al peligro, si no de guerra nuclear entre potencias, sí de guerra nuclear asimétrica. No se trata sólo de que entre los multimillonarios que financiaron la campaña de Trump se opongan radicalmente al acuerdo con Irán y promuevan una guerra nuclear con *mini nukes* (esto es, armas termonucleares tácticas o mini bombas atómicas). El patrón energético basado en energía fósil vuelve inevitable, como afirma Michael Klare, el binomio petróleo-sangre. En la era de la tendencia al agotamiento del petróleo, el capitalismo fosilista conduce implacablemente a disputas bélicas por las reservas estratégicas. Irán y Venezuela están en la mira de la tendencia neautoritaria. Cuentan con las mayores reservas probadas de petróleo y gas natural.

El discurso de campaña de Trump (PBS, 2016) en el American Israel Public Affairs Committee (AIPAC) fue implacable. No es pura retórica política calificar a Irán como “el mayor patrocinador de terrorismo en todo el mundo”. Dejó claro que su principal aliado es Israel y lo apoyará totalmente como potencia económico-militar en Medio Oriente. Dificilmente una guerra nuclear asimétrica con Irán no desataría un efecto de arrastre bélico regional amplio e inestable. Al ser China el principal contendiente a la hegemonía global, ahora que ya es la tercera potencia militar, resulta geoestratégica la reciente alianza militar China-Irán. La triple alianza euroasiática Rusia-China-Irán era condición clave en la disputa oriental

por la hegemonía global. Trump está intentando abrir un complejo tiempo de transición ¿Rusia estará dispuesta a redefinir su alianza con China e Irán en una nueva geopolítica global?

La geopolítica neoautoritaria está dispuesta a admitir cierta ampliación del club de Estados nucleares. Incluso, exige mayor gasto militar de sus aliados para no tener que financiar su defensa. Aunque el PIB de EE.UU. es menor al de la Unión Europea, triplica el gasto militar de todo el resto de la OTAN. Para mantener su liderazgo militar EE.UU. tiene que gastar el 4% de su PIB anual, mientras la media en gastos militares para la OTAN se encuentra en el 1.28%. EE.UU. es, sin parangón, la máxima potencia militar global. Invierte en su poder militar aproximadamente el 1000% más que Rusia. Sin embargo, el proyecto geopolítico de Trump se encuentra lejos de plantear reconvertir gasto militar en gasto civil. Solicitará al Congreso que apruebe la eliminación de todo límite legal al aumento en inversión militar. La geopolítica neoautoritaria apuesta a un siglo XXI nuclear: apunta a ampliar la lista de Estados con armas atómicas, llevando más lejos el poder de EE.UU. como máxima potencia capaz de producir un *overkill* atómico global.

La crisis epocal del capitalismo ha hecho aparecer en el horizonte actual la potencialidad de una Tercera Guerra Mundial (Chossudovsky, 2012). Su amenaza inminente era directamente visible con Clinton. Ese peligro se posterga, pero de modo incierto, sólo parece cambiar de forma con una nueva geopolítica mundial. Parafraseando a Amery, cabría preguntar: ¿Hirsohima comienza el siglo XXI?

Geopolítica nuclear y peligro de 3ª Guerra Mundial en el siglo XXI

1

Nunca, en toda la marcha de la relación indisociable entre capitalismo mundial y barbarie, había sido tan radical la posición de un Estado-

hegemón en amenazar la historia de las civilizaciones y de la evolución natural, con tal de pretender persistir e intentar apuntalar su poder planetario. El estallido de la crisis de EE.UU. como hegemón dentro de la crisis epocal del capitalismo está llegando para entrecruzar, con los peligros de la crisis alimentaria global y la crisis ambiental mundializada, un tercer peligro sumamente radical: la tendencia a tornar el apuntalamiento de la geopolítica nuclear como una de las mayores incertidumbres y amenazas en la historia de la mundialización. La articulación que condujo la Crisis del 29 a la 2ª Guerra Mundial, es mínima si se compara con el choque en la disputa por la hegemonía global en el marco de la necesidad contemporánea de devastación para relanzar la acumulación del capital ante su crisis de sobreproducción propiamente planetaria. Imprime a la geopolítica nuclear del siglo XXI un nivel de peligro potencial sin precedente. Sin que de ningún modo el futuro sea destino, Michel Chossudovsky comenzó a visibilizarlo desde su libro pionero *Towards a World War III Scenario: The Dangers of Nuclear War*.

Ni la Larga Depresión del siglo XIX, ni la Gran Depresión del siglo XX representaron jamás la magnitud de peligros como los que emergen de la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI.

El arribo de Trump a la Casa Blanca ha traído consigo no sólo un duro revés a los limitados esfuerzos por enfrentar el sobrecalentamiento y la crisis ambiental mundializada con los Acuerdos de París, también ha detonado una contratendencia muy radical para revertir la reducción del poder atómico global que apenas si esbozó la firma de los acuerdos START luego del derrumbe de la URSS. No es menor que Noam Chomsky ponga énfasis en que desde esta doble amenaza, a partir de Trump, el reloj del Juicio Final –ese reloj simbólico que, poco después de Hiroshima y Nagasaki, puso a andar el Boletín de Científicos Atómicos–, se adelantó de tres a dos minutos y medio antes de la medianoche.

Ya de por sí los Acuerdos de París eran insuficientes, porque de ningún modo iban a lograr que no se rebasará el tope de incremento en 2° C de la temperatura global. Sin embargo, sin ellos la tendencia del sobrecalentamiento apunta hacia un acrecentamiento práctica-

mente del doble, esto es cercano a 4° C para 2100. Esto significa avanzar excesivamente en una delicada trayectoria que lleva no sólo a liberar las reservas de metano contenidas en el permafrost siberiano, sino las reservas contenidas en el fondo de los océanos. De liberarse, estallarían como un cúmulo de explosiones superiores a los efectos destructivos de todas las armas atómicas juntas actualmente existentes. Es decir, se ha activado una tendencia epocal que conduce la crisis ambiental mundializada hacia una devastación equivalente a una guerra atómica planetaria (Arizmendi, 2016, p. 144-147).

A la par, la apuesta de Trump por hacer emerger una geopolítica inédita en el siglo XXI forjando un pacto insólito entre EE.UU. y Rusia, jamás desactivó los riesgos de una guerra nuclear. Quienes vieron en él una alternativa ante Hillary Clinton, nombrada como “la reina del caos” puesto que marchaba en el camino de Obama directo hacia una colisión frontal entre las máximas potencias atómicas de nuestra era, ahora pueden ver que el proyecto de una geopolítica inédita para el siglo XXI únicamente constituía una forma del proyecto geopolítico esencial de Trump dirigido a enfrentar, corroer y, mejor aún, romper la triple alianza euroasiática.

Es la alianza China/Rusia/Irán la gran contendiente que dota a China de las condiciones energéticas necesarias y suficientes para redondear su poder geoeconómico y geopolítico en la disputa por la hegemonía mundial contra EE.UU.

China cuenta prácticamente con un sexto de la fuerza de trabajo global. Ha aplicado un programa estratégico de reconversión de su fuerza de trabajo calificada capacitándola para intervenir en todas las líneas clave de la actual revolución tecnológica, colocándose en un lugar vigoroso dentro del *general intellect*. Con el titánico plan de transportes que proyecta la Ruta de la Seda para el mercado mundial del siglo XXI, China se puede llegar a posicionar como la potencia que interconecte ágilmente por tierra y mar a Asia con Europa, África y América Latina. A lo que hay que agregar que, en la vuelta de siglo, se encargó de posicionarse como la tercera potencia nuclear, y ya tiene el ejército con mayor

cantidad de soldados en el orbe. Como reconoce el Departamento de Estado de EE.UU., de seguir esa trayectoria, China podría ocupar el lugar de máximo hegemón global antes de tres décadas.

Ahora que el Congreso estadounidense ha aprobado leyes que le impiden a Trump edificar un pacto por cuenta propia con Putin, no debe leerse el cerco geoestratégico militar tendido por EE.UU. y la OTAN contra Rusia como la negación absoluta de su proyecto geopolítico. Al absorber, ya que no pudo impedirlo, la continuidad contemporánea de la geopolítica del siglo XX –basada en el conflicto de EE.UU. con Rusia–, el proyecto geopolítico esencial de Trump simplemente ha mutado para seguir adelante bajo otra configuración histórica. *Make America Great Again* simboliza el proyecto de una geopolítica nuclear que tiene en la triple alianza euroasiática su principal contendiente.

2

Son múltiples y diversos los flancos que abre la reconfiguración de la geopolítica del siglo XX redefinida en el marco de la geopolítica nuclear del siglo XXI.

En el fondo, oscilando inestable e imprudentemente al filo del estallido de una guerra atómica, el choque de EE.UU. con Corea del Norte representa ante todo un acomodo logístico de fuerzas y tecnologías militares contra China. EE.UU. –no sólo Trump– lanza cuestionamientos contra Corea del Norte e Irán, descalificándolos como presuntas amenazas a la seguridad global, para conformar un simulacro que desliza y justifica una carrera nuclear, más bien, dirigida a intentar alcanzar lo que Putin denomina el “monopolio de la invulnerabilidad”. El choque con Corea del Norte e Irán responde a la geopolítica nuclear que EE.UU. apunta a imponerles a China y Rusia en el siglo XXI.

Desde la Guerra de Corea (1950-53), el tiempo de una inestabilidad geopolítica de media duración, que ya rebasa más de medio siglo, atraviesa la historia del capitalismo. Nunca se ha firmado un tratado de paz

permanente ni entre las dos Coreas, ni entre Corea del Norte y EE.UU. Ahora, ese tiempo de una crónica potencialidad bélica entre ellos, está cruzado y absorbido por el tiempo de la disputa contemporánea por la hegemonía mundial entre EE.UU. y China.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, delineando la frontera en el paralelo 38, EE.UU. y la URSS acordaron dividir Corea en dos. Aunque Corea del Norte, por principio, quedó asignada al bloque del Segundo Mundo bajo hegemonía de la URSS, fue evidente que el choque geopolítico entre EE.UU. por un lado, y la URSS y China, por el otro, impactó en la guerra entre las dos Coreas. Sus territorios se convirtieron en objeto de disputa geopolítica. Luego de la invasión de tropas norcoreanas en Corea del Sur, EE.UU. –con apoyo de la ONU y del Primer Mundo– devolvió esas tropas casi hasta el Río Yalu. Ahí, China junto con la URSS, regresaron las tropas occidentales al paralelo 38. Las palabras que Mao Tse Tung pronunció fueron inolvidables: “Si permitimos que EE.UU. ocupe toda Corea [...] debemos estar preparados para que declare la guerra a China”.

Entre 1947 y 1950, la URSS realizó una relevante prospección geológica de Corea del Norte, y concluyó que en su territorio podrían existir reservas hasta de 15 mil toneladas de uranio. La disputa por esta materia prima estratégica en el nacimiento del capitalismo atómico, muy posiblemente, jugó un papel primario propulsando la implacable devastación que EE.UU. lanzó sobre Corea del Norte: según Pyongyang, 635 mil toneladas de explosivos destruyeron 5 mil escuelas, mil hospitales y 600 mil hogares. La propiedad monopólica estatal de uranio ha sido clave fundamental para el desarrollo de Corea del Norte como Estado atómico, a partir de que abandonó el Tratado de No Proliferación Nuclear a principios del nuevo siglo.

En la Guerra de Corea, EE.UU. buscó expandir el espacio de su poder geopolítico haciendo de la ofensiva contra China una mediación en la ofensiva contra la URSS; ahora la ofensiva contra Corea del Norte es una mediación de la ofensiva contra China en la geopolítica nuclear estadounidense del siglo XXI.

A corto plazo no se vislumbra nada fácil que EE.UU. inicie la guerra contra Corea del Norte: más que las ojivas atómicas que podría dirigir contra la isla Guam o Japón –que ya distribuyen folletos difundiendo medidas de reacción y sobrevivencia ante un ataque nuclear entre sus poblaciones–, o los 8 mil cañones de artillería y lanzaderas de misiles con los que Corea del Norte podría efectuar más de 300 mil disparos contra Corea del Sur sólo en la primera hora de una confrontación, Pyongyang podría destruir de un golpe los 25 reactores nucleares de Corea del Sur, lo que equivaldría a 25 Chernobiles. Una devastación atómica de indudables consecuencias planetarias.

Respecto del sexto ensayo atómico de Corea del Norte, el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) ha declarado: “no contamos con la capacidad para determinar si se probó una bomba de hidrógeno”, pero el observatorio noruego NORSAR señaló que se detonó un arma de 250 kilotones, es decir, equivalente en poder destructivo a 16 bombas lanzadas sobre Hiroshima.

En el marco de la disputa por la hegemonía mundial entre EE.UU. y China, una nueva inestabilidad geopolítica impacta a las dos Coreas, integrando el escenario crónico de una potencial guerra nuclear ulterior. Mientras Corea del Norte no esté reconocida en la ONU como un Estado nuclear legítimo, si Kim Jong-un no inicia la guerra, en función del Tratado de amistad, cooperación y asistencia que viene desde 1961, China tendría indefectiblemente que ingresar a la confrontación militar contra EE.UU. Esto integraría un escenario geopolítico de guerra en Oriente que, casi seguro, terminaría involucrando a Rusia.

Bajo el pretexto de sólo protegerse de Corea del Norte, Corea del Sur tiene ya instalado el escudo estadounidense de antimisiles THAAD que es operativo. Un sistema que de ningún modo es puramente defensivo y apunta sus radares contra China y Rusia. EE.UU. ya envió al Mar del Este entre las dos Coreas al portaviones nuclear Ronald Reagan, acompañado del destructor Aegis y de un submarino de propulsión nuclear.

El cerco geoestratégico en torno a China pretende constituirse como una fuerza disuasoria no sólo militar, sino económico-política, que

lleve a realizar concesiones a EE.UU. La afirmación de que Washington está destruyendo de manera sistemática el actual sistema de seguridad internacional, deja claro que Pekín no está dispuesto a ceder.

En este escenario de inseguridad internacional extrema, la península coreana integra uno de los mayores teatros posibilitantes del estallido súbito de la 3ª Guerra Mundial.

3

Una ventana a la geopolítica nuclear como medio de disuasión para un reparto de poder geoeconómico, es diáfana desde su articulación con las sanciones contra Rusia impuestas por el Congreso de EE.UU.

En el primer semestre de 2017, varias empresas europeas firmaron con Gazprom un acuerdo para construir el Nord Stream II, un gasoducto estratégico que interconecte a Rusia con Alemania para proveer de gas, no sólo a este país, sino a toda Europa. Ya se provee con gas ruso un tercio del consumo de la Unión Europea (UE), pero el proyecto de una vía de transporte submarino que evite cruzar Ucrania –además de cimbrarla duramente porque significaría perder el equivalente al 10% de su presupuesto–, confronta dos proyectos geopolíticos divergentes para Europa: el de un pacto económico pacífico o el de una abierta confrontación político-bélica con Rusia, apuntando a negociar o apoderarse del acceso a sus enormes reservas estratégicas de gas. Las sanciones contra Rusia tienen como objetivo arrebatarle una enorme renta diferencial a ella, y a Alemania, para traspasarla monopólicamente a las corporaciones transnacionales de EE.UU., que con las tarifas europeas obtendrían 400% más ingresos que los que obtienen por vender gas de esquisto en su propio país. La respuesta de Putin ha sido contundente e inamovible: la construcción estratégica del Nord Stream II no se detiene.

Integrando un teatro preparatorio jamás visto en tiempos de la Guerra Fría, la OTAN ha extendido un ofensivo cerco geoestratégico inédito en las fronteras de Rusia. Las maniobras internacionales Dragón

2017, desde Polonia, movilizan 122 mil soldados, mucho más que los 17 mil programados originalmente. A República Checa llegaron bombarderos nucleares estadounidenses para ejercicios con la OTAN. Los operativos a gran escala esbozan la potencialidad de una ofensiva desde Europa del Este contra Rusia. Actualmente, EE.UU. tiene instalados 60 misiles antibalísticos en Europa y 150 en Asia del Pacífico. Para 2022, tendrá más de mil. Los altos mandos militares de Moscú han señalado que la presencia de fuerzas militares, sistemas de antimisiles, bombarderos y buques estadounidenses en los mares y océanos cercanos a Rusia, implican la potencialidad de un ataque nuclear preventivo por el Stratcom y la OTAN. La geopolítica nuclear ha hecho emerger en el siglo XXI el auge de un negocio inédito: en Moscú, se ha acelerado la venta de búnkeres antiatómicos que van desde 50 mil hasta varios millones de dólares –según su diseño, profundidad, comodidad y hasta lujo en los decorados–.

Sin embargo, Rusia cuenta con el mayor arsenal nuclear del planeta y, si EE.UU. se sale del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio, ya dejó claro que inmediatamente apuntará contra todas las instalaciones estadounidenses dentro de un alcance de 5000 Km.

Luego de dos años de intervención militar en la guerra de Siria, Rusia ha logrado que el Estado Islámico, que llegó a controlar hasta el 70% del territorio sirio, esté recluido en sólo 5% de éste y prácticamente derrotado. No iba a permitir que en una especie de traspatio geoestratégico suyo, EE.UU. –bajo su alianza con los yihadistas– se posicionara militarmente. En la guerra de Siria, al lado de EE.UU. y la OTAN, también participaron Arabia Saudita –que disputa la hegemonía regional del Golfo Pérsico contra Irán– y Turquía– que está contra el gobierno sirio sin dejar de estar en contra de los independentistas kurdos–. Ahora que la guerra de Siria podría concluir, del mismo modo que salieron de Mosul hacia Siria, EE.UU. abre paso para que las células de Daesh, a través del corredor desde Al Raqa, se trasladen hacia Afganistán e Irán. Todavía ni concluye la guerra contra Siria, y EE.UU. ya está preparando la posible guerra contra Irán.

4

Sin dejar de lado la enorme importancia que tiene Afganistán para los EE.UU., puesto que contiene en reservas estratégicas de tierras raras y minerales el equivalente a un millón de millones de dólares (Ceceña, 2017) –lo que significaría una tasa de retorno muy superior al enorme aumento del presupuesto militar propuesto por Trump y aprobado por el Congreso para 2018, en 695 mmd– en el marco de la ofensiva geoestratégica contra la triple alianza euroasiática, Afganistán es un flanco desde el que se podría atacar a Irán. Desde un lado con filas de Daesh, mientras desde Irak y/o Turquía con los kurdos.

Todos los teatros de guerra locales y regionales se acomodan en el marco de la geopolítica nuclear del siglo XXI. El cuestionamiento espurio de EE.UU. contra Irán, presuntamente por violar el Tratado Nuclear firmado con el Consejo de Seguridad de la ONU –cuestionamiento que no sólo viene de Trump sino de los republicanos que, desde un inicio, se opusieron a que Obama pactara ese acuerdo con Teherán– constituye una táctica provocadora intencionalmente dirigida a confundir a Irán para llevarlo a ser el primero en salirse del pacto y plantear reactivar su programa nuclear militar. Esto habría justificado una abierta ofensiva bélica de EE.UU. No obstante, Irán ya ha leído bien la provocación. Aunque en un inicio parecía caer en ella, ha dejado claro que no se va a retirar de ningún modo del Tratado 5+1. EE.UU. no lo puede romper unilateralmente, ya que no sólo lo firmaron Rusia y China, también están Francia, el Reino Unido y Alemania. Desmintiendo a Trump, la OIEA ha declarado que Irán está cumpliendo sus compromisos firmados en el Tratado Nuclear.

Paralelamente a ese Tratado, existe una resolución del Congreso estadounidense que podría desestabilizarlo, pues autoriza a la Casa Blanca a hacer uso de las fuerzas armadas si “sospecha” que Irán está avanzando en obtener armas nucleares. La certificación trimestral que Washington debe otorgar al Tratado 5+1 pone al descubierto un choque entre los proyectos geopolíticos nucleares de EE.UU. y de la ONU.

Irán es uno de los principales proveedores de petróleo para Europa. Después del Tratado Nuclear sus exportaciones aumentaron gradualmente, pero en el primer trimestre de 2017 se sextuplicaron, respecto al mismo periodo del año anterior. No es casual que la Unión Europea se haya opuesto al a descertificación del Tratado Nuclear por la Casa Blanca. Y que Trump se aferrara a su geopolítica nuclear de alianza con Israel y choque con la triple alianza euroasiática afirmando: “en esto no los necesitamos”.

Desde 2005, como ha señalado Michel Chossudovsky (2007, p. 5-16), el Pentágono cuenta con proyectos para estrenar en teatros de guerra específicamente dirigidos contra Irán las *mini nukes*. Nunca como ahora se ha estado cerrando la frontera de probabilidades para su empleo en teatros de guerra convencional. Debido a que permiten canalizar poder nuclear militar sobre blancos delimitados y selectivos –no sobre ciudades completas, aunque por sus efectos pueden llegar a ser más destructivas que las bombas lanzadas en Hiroshima– las *mini nukes* han sido catalogadas como armas que minimizan “daños colaterales” y, por tanto, “seguras para civiles”. A partir de la *Doctrine for Joint Nuclear Operations* de EE.UU., se abrió la reclasificación de las bombas nucleares pasando de ser “armas de último recurso” a armas convencionales. Los países europeos ya han adoptado esa Revisión de la Doctrina Nuclear. Es en respuesta a EE.UU. e Israel que, sin violar el Tratado Nuclear 5+1, Irán desarrolló un arma que eclipsa la bomba no nuclear estadounidense más potente: una bomba de diez toneladas clasificada como “padre de todas las bombas”.

En la clasificación por países, Irán y Venezuela, además de Arabia Saudita y Canadá, poseen las mayores reservas probadas de petróleo y gas a nivel mundial. Trump ha sellado su alianza con Arabia Saudita desde un acuerdo sin precedente para la venta de armamento estadounidense por 380 mmd. Su función geoestratégica reside en garantizar el control del Golfo Pérsico. Las amenazas contra Catar derivaron, precisamente, de su alianza con Irán. Al tener el dominio del Golfo Pérsico como la mayor reserva regional de “oro negro”, la geopolítica

nuclear de Washington juega en sus ofensivas contra Irán y Venezuela, piezas estratégicas en la disputa por la hegemonía mundial para el siglo XXI. La geopolítica nuclear de Trump empuja a estrenar las *mini nukes* contra Irán.

5

Venezuela se podría convertir en una especie de doble de Afganistán. En 1968 se firmó en México el Tratado de Tlatelolco como proyecto geopolítico que convirtió formalmente a América Latina y El Caribe en la primera región del orbe libre de armas nucleares. EE.UU. ha venido violando este tratado desde el reestablecimiento de su IV Flota Naval. Ha puesto en circulación en aguas latinoamericanas portaviones con armas nucleares, según lo denunció Fidel Castro poco años antes de morir. La reversión de este único proyecto regional de desnuclearización esboza una amenaza inédita para América Latina por sus reservas de recursos naturales estratégicos, ante todo para Venezuela, que prácticamente cuenta con el doble de petróleo que Irán. Pero el Cono Sur, principalmente Bolivia, en su esplendoroso Salar de Uyuni, cuenta con la mayor reserva de litio, el denominado “oro blanco” del nuevo siglo, materia prima estrella del futuro para celulares, computadoras portátiles, cámaras digitales y baterías de los automóviles híbridos y eléctricos –que, para 2020, podrían llegar mínimo a la cifra de 20 millones, si no mucho más.

Tal como desde Afganistán podría desestabilizarse a Irán al detonar una guerra regional a gran escala, algo similar podría suceder con Venezuela a nivel de Sudamérica.

Por sus enormes inversiones en la explotación del “oro negro” venezolano, China y Rusia –que ya han convertido a Venezuela en su principal comprador de armas y equipo militar–, de ningún modo se mantendrían indemnes. De hecho, en el marco de la ofensiva de EE.UU. en Siria, Rusia comenzó a enviar buques de guerra y bombarderos de largo alcance a América Latina.

En el siglo XXI, América Latina no queda al margen de la geopolítica nuclear. Aun más si se concreta el proyecto de Rusia, en respuesta al cerco geoestratégico que la han tendido EE.UU. y la OTAN, de instalar una base militar en Cuba. En el nuevo siglo, América Latina está inserta en un choque de proyectos geopolíticos de una inestabilidad histórica muy superior a la Crisis de los Misiles.

6

Al mirar panorámicamente la complejidad de la disputa por la hegemonía mundial, emergen múltiples proyectos contrapuestos en pugna por imponer la definición de la geopolítica global del siglo XXI. No sólo la crisis de la hegemonía mundial agudiza la crisis epocal del capitalismo, a la vez ésta agudiza aquélla, justo porque contrarrestar la crisis de sobreacumulación o enfrentar los riesgos de la crisis ambiental mundializada, obliga a disputar el dominio hegemónico de la economía mundial en todos sus espacios y dimensiones. En este escenario, la viabilidad de un G-3, es decir de un acuerdo geoestratégico entre EE.UU., China y Rusia para ejercer y compartir un poder hegemónico multipolar, es prácticamente nula.

Al cerrarse cada vez más la viabilidad de una geopolítica inédita para el siglo XXI basada en la alianza EE.UU.-Rusia –viabilidad que explica la amplia propagación de la rusofobia desde el Congreso estadounidense, pero también desde la OTAN– la categórica confrontación geopolítica entre EE.UU. y la triple alianza euroasiática está acrecentando peligrosamente la tendencia hacia una guerra a gran escala.

Aunque las coloca en segundo plano, de ningún modo anula las contradicciones geopolíticas entre China y Rusia, puesto que ésta última no admite ser simplemente reducida a un mero Estado subordinado a un poder sinocéntrico.

La 3ª Guerra Mundial no es destino ineluctable, pero la frontera de su posibilidad histórica, temeraria e insensatamente, se viene estrechando cada vez más debido al entrecruzamiento de una doble nece-

sidad de devastación que emana de la disputa por la hegemonía mundial y de la primera crisis de sobreacumulación capitalista planetaria.

A contrapelo de las ilusiones del mito del progreso, hay que decirlo alto y contundente: no existe capitalismo sin necesidad de devastación, aunque, como nunca, la compleja crisis epocal y de hegemonía del capitalismo del siglo XXI está radicalizando de modo inédito ese peligro.

EE.UU. es el proveedor No.1 del mercado legal e ilegal de armas (cubre más de su 50%). El capitalismo del siglo XXI heredó del siglo XX las guerras como un gran negocio. Pero no sólo eso. En la medida en que las guerras locales, regionales o a escala mayor, se incluyen en la peligrosa dinámica de la devastación como premisa del relanzamiento de la acumulación que se logra mediante la reconstrucción posterior y la expansión del poder geopolítico, la crisis global de nuestra era rebasa el horizonte de la crisis del 29.

Durante el pico de la Guerra Fría, en 1986, se llegó al máximo histórico de 64.500 cabezas nucleares; hoy existen menos del 25% de ese conjunto (o sea, 15.695), sin embargo, el siglo XXI cuenta con el poder atómico más devastador en la historia del capitalismo y está ingresando en una carrera generalizada, pero esquizoide, por llevarlo más lejos aún. El apuntalamiento de la geopolítica nuclear de EE.UU. –proyecto no sólo de Trump, sino de la ultraderecha americana– que exigirá una inversión de 1.2 billones de USD a lo largo de las próximas tres décadas, pese a la producción de 400 misiles intercontinentales nuevos y el desarrollo de armas atómicas más sofisticadas de baja potencia, responde a la insólita pretensión de imponer lo imposible: el retorno de EE.UU. al “monopolio de la invulnerabilidad”. China está innovando aceleradamente sus misiles balísticos de largo alcance con tecnología MIRV para transportar en uno solo ojivas nucleares múltiples, que pueden apuntar y dirigirse sobre diversos blancos a la vez. Lo que se está detonando es la geopolítica nuclear más amenazadora con desarrollo y expansión de *mini nukes* para uso en “guerras convencionales”. De seguir esta trayectoria esquizoide, el siglo XXI se volverá un *cul de sac* atómico.

En definitiva, el Tratado de No Proliferación Nuclear es insostenible pues es complementario al monopolio estratégico del poder atómico para el club de Estados nuclearizados –entre los que hay que incluir a Alemania que, pese a declararse no nuclear, constituye una potencia atómica de facto–.

El proyecto de mundialización de la desnuclearización es una necesidad de primer orden para la edificación de Estados y modalidades alternativas en el siglo XXI. Constituye un proyecto histórico que enfrenta el reto de abrirse paso desde abajo, a partir de impulsar y articular movimientos anticapitalistas y pacifistas desde un horizonte anti-atómico con base en alianzas internacionales, cada vez más urgentes, entre Norte-Sur y Occidente-Oriente. La edificación de una era antinuclear es un desafío histórico clave de las luchas antiautoritarias y anticapitalistas del nuevo siglo.

Referencias bibliográficas

- Amery, C. (2002). *¿Auschwitz comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*. México: FCE.
- Arizmendi, L. (2009). La especificidad histórica de la crisis mundial contemporánea. *Mundo Siglo XXI*, 17.
- Arizmendi, L. (2014). Capitalismo necropolítico y Ayotzinapa. *Rebelión*. Recuperado de: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=192555>
- Arizmendi, L. (2016). *El Capital ante la crisis epocal del capitalismo*. México: IPN.
- Arizmendi, L. & Boltvinik, J. (2007). Mundialización de la pobreza, autodeterminación y desarrollo. *Mundo Siglo XXI*, 9.
- Ceceña, A. E. (2017). Los territorios de la guerra, las guerras del territorio. *América Latina en movimiento*. Recuperado de: <https://www.alainet.org/es/articulo/188005>
- Chomsky, N. (2016). La era Trump, el cambio climático es el problema más importante que ha enfrentado la especie humana. *Pájaro Rojo*. Recuperado de: <http://pajarorojo.com.ar/?p=29957>
- Chossudovsky, M. (2007). Los peligros de una guerra nuclear en Medio Oriente. *Mundo Siglo XXI*, 8. Recuperado de: <http://www.mundosingloXXI.ipn.mx/pdf/vo2/o8/o1.pdf>
- Chossudovsky, M. (2012). *Towards a World War III Scenario*. Canada: Global Research.
- Echeverría, B. (2010). *Modernidad y blanquitud*. México: Era.
- Fried, F. (1942). *El porvenir del comercio mundial*. España: Espasa Calpe.
- Johnston, D. (2015). *The queen of chaos*. USA: CounterPunch Books.
- Klare, M. (2003). *Guerras por los recursos*. España: Urano.
- Klein, N. (2015). *Esto lo cambia todo*. España: Paidós.

Korsch, K. (1982). La contrarrevolución fascista. En *Escritos Políticos II*. México: Folios Ediciones.

PBS News Hour. (2016, marzo, 21). Donald Trump speaks at AIPAC 2016. [archivo de video]
Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=2ZGgMJ3QDAQ>